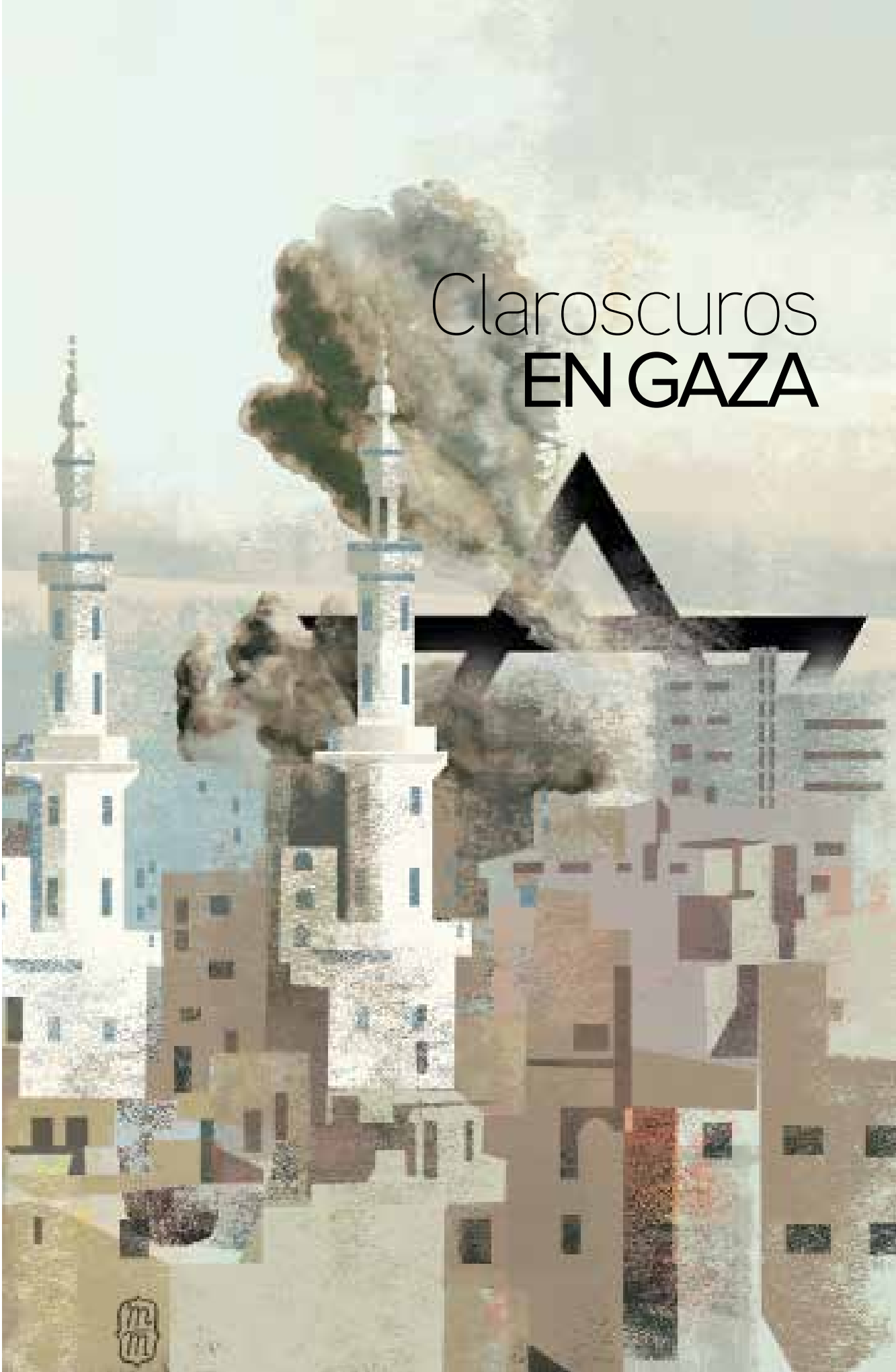
MICHAEL
WALZER

LETRAS LIBRES
SEPTIEMBRE 2014

Claroscuros EN GAZA



La que libra Israel contra Hamás es una guerra asimétrica. En este tipo de conflicto las víctimas civiles son numerosas y debilitan al bando más poderoso. Ante el exceso de fuerza israelí, Walzer y Wieseltier abogan por una actitud más humanitaria hacia los palestinos.

Ilustración: LETRAS LIBRES / Manuel Monroy

La derrota de Hamás y las muertes de civiles

MICHAEL WALZER

Si hablamos del conflicto en Gaza, la interrogante *Cui bono?* ("¿Quién se beneficia?") sugiere que esta es la guerra de Hamás. Es la apuesta insensata de una organización que estaba en serios problemas y, hasta ahora, está rindiendo frutos con enorme costo para los gazatíes, aunque dicho costo sea crucial para hacer rendir frutos.

Vista desde lejos –y sospecho que también de cerca, puesto que nunca he visitado Gaza–, Hamás es una organización despiadada que se merece todo lo que le está pasando. Está religiosamente comprometida con la destrucción de Israel pero no con el bienestar de la gente a la que gobierna en Gaza, ya sea de forma religiosa o laica. Ha trabajado mucho y con sorprendente efectividad para construir su arsenal, cavar sus túneles de ataque y sus fortalezas subterráneas, pero no ha construido refugios antiaéreos para los gazatíes comunes y corrientes entre quienes dispara sus misiles y en cuyas casas, escuelas y mezquitas los oculta. Israel sostiene que Hamás utiliza al pueblo de Gaza como "escudos humanos". En realidad, Hamás no se esconde detrás de ellos; antes bien, los expone con toda la intención al daño, lo que constituye una forma de "ganar" en una guerra asimétrica.

Pero Hamás no es la única organización palestina. Desde hace ya algunos años, Israel ha tenido la opción de trabajar con Al Fatá y la Autoridad Palestina que Al Fatá controla. Israel, de hecho, se ha beneficiado enormemente de la diligencia con que las fuerzas de seguridad de la AP actúan en Cisjordania; y también le gustaría ver ahora, como a Egipto, a esas mismas fuerzas trabajando en Gaza. Sin embargo, Israel no ha hecho nada por fortalecer a la AP y encaminarla a su objetivo: alcanzar la categoría de Estado y su soberanía. El gobierno del primer ministro Benjamín Netanyahu, en cambio, ha hecho hasta lo imposible por socavar a la AP, al expandir los asentamientos cisjordanos, apropiarse de tierras y aguas, y al fracasar en su negociación con los fanáticos y rufianes del movimiento de colonos y sus ataques de "etiqueta de precio".* Hoy, el conflicto israelí-palestino sería muy diferente si la AP estuviera en vías de constituirse en Estado. Por principio de cuentas, sería difícil para Hamás atribuirse el liderazgo de la "resistencia" contra la ocupación israelí si esta llegase a su final.

Como el actual gobierno israelí –o, mejor dicho, sus miembros más destacados–, Hamás no cree en la existencia de un Estado palestino junto a Israel. Estos dos enemigos acérrimos, en realidad, están ayudándose el uno al otro. Cada misil que Hamás dispara debilita a la izquierda israelí y hace más complicado para los israelíes de a pie llegar a ver una retirada de Cisjordania, pues los misiles lanzados desde ahí podrían volver inhabitable todo Israel. Cada nuevo asentamiento, cada ataque de "etiqueta de precio" en Cisjordania debilita a Al Fatá y a la AP y otorga credibilidad a Hamás, que afirma que la violencia es la única salida.

Hamás quiere la gran Palestina. El gobierno de Netanyahu, aunque no lo admita así, avanza decididamente hacia el gran Israel. Hamás se opone al pequeño Israel y Netanyahu se opone a la pequeña Palestina. Uno querría decir: "¡Mala peste a Capuletos y Montescos!" Pero ahora se encuentran en guerra y es preciso tomar decisiones.

Deberíamos optar por Israel porque se trata de una democracia en la que es posible imaginar la derrota política de los nacionalistas de derecha que ahora están en el poder. Es factible imaginar un gobierno que trabaje a favor de la creación del Estado de Palestina. (Israel ha tenido gobiernos de ese tipo en el pasado, bajo el liderazgo de Isaac Rabín y Ehud Ólmert.) Hoy día, al interior de Israel, se puede criticar la política de bombardeo por parte del gobierno –tal y como yo mismo, de forma un tanto incómoda, lo haré más adelante desde afuera–. La crítica pública a Hamás desde Gaza, incluso en "tiempos de paz", es un asunto riesgoso, y una victoria para Hamás en esta guerra (cualquier endurecimiento de su mano con respecto a Al Fatá) sentaría las bases para guerras futuras mucho más cruentas, dado que Hamás nunca ha cejado en su absoluta oposición a la existencia de un Estado judío en Medio Oriente.

Pero optar por Israel sobre Hamás resulta difícil para muchas personas debido a la creciente ola de víctimas palestinas, muertos y heridos, en la guerra de Gaza. Israel, se dice, es la potencia militar más poderosa en Medio Oriente.

* Los ataques de "etiqueta de precio" son actos vandálicos perpetrados por israelíes de extrema derecha contra las propiedades privadas, lugares religiosos, cementerios y vehículos de los palestinos.

¿Qué tanto podría temerle a Hamás? ¿Por qué está matando a tanta gente, no solo militantes sino también civiles? Israel, en efecto, es el Goliat de aquella región. Pero los lectores de la Biblia sabrán que no fue Goliat el que ganó el combate, sino David. En una guerra convencional contra Hamás, Israel sería el ganador; no en seis días como en la guerra de 1967, sino en seis horas. La guerra asimétrica, sin embargo, es otra historia. Pese a su ejército altamente tecnologizado (el mejor del mundo), Estados Unidos perdió una guerra asimétrica en Vietnam y pronto podría resultar que perdió otra guerra semejante en territorio afgano. En la última década Israel, con lo que parece ser un ejército de más alta tecnología, fue incapaz de ganar guerras asimétricas en Líbano y Gaza.

La razón tiene mucho que ver con las víctimas civiles. En una guerra asimétrica, las fuerzas de baja tecnología –llámense terroristas, militantes o "insurgentes", término más neutral que utilizaré en adelante– apuntan a los objetivos más vulnerables: los civiles, y lanzan sus ataques desde la población civil. Las fuerzas de alta tecnología responden en defensa de sus propios civiles o de sus aliados, y terminan por matar un gran número de civiles en el bando enemigo. Entre más civiles maten –esta es una verdad triste, aunque no desconcertante en términos morales–, mejor para los insurgentes. Si se matan civiles en lugares como Vietnam o Afganistán se pierde el apoyo popular local, la batalla por "los corazones y las mentes". Si se matan civiles en un sitio como Gaza, se pierde la batalla por el apoyo mundial. Las dos pérdidas son diferentes: Estados Unidos fue derrotado en Vietnam, mientras que Israel, en 2006, fue casi obligado a aceptar un cese al fuego en Gaza, y así se le impidió ganar. En realidad, el costo de su victoria habría sido intolerable.

Sin embargo, tampoco puede ser que los insurgentes, al esconderse entre civiles, impidan que el otro bando pelee contra ellos. Debe haber una manera justa, o al menos justificable, de responder a ataques indiscriminados con cohetes. De ahí el "principio de doble efecto" y su regla de proporcionalidad: si se apunta a objetivos militares (lanzacohetes, por ejemplo) y se sabe que el ataque provocará víctimas civiles (daño colateral), se debe estar seguro de que el número de civiles muertos o heridos no esté "en desproporción" respecto al valor del objetivo militar. Sobra decir que este es un cálculo extremadamente subjetivo y rara vez ha puesto un límite a los ataques militares. "Este objetivo es muy valioso", dicen los generales. "Casi cualquier número de civiles muertos es justificable." La proporcionalidad tampoco ha brindado una pauta para emitir juicios morales: incluso una cifra bastante menor de muertes civiles, dicen los moralistas, es desproporcionada y constituye un crimen de guerra.

Junto con muchos otros, he abogado a favor de otra regla: que las fuerzas atacantes hagan grandes esfuerzos, incluyendo pedir a sus propios soldados que asuman riesgos, para poder minimizar aquellos que imponen a los civiles en el bando enemigo. ¿Qué tanto riesgo es aceptable? No existe una respuesta precisa a esa pregunta. Pero un cierto riesgo es necesario y, si se toma, pienso que la mayor responsabilidad por las muertes civiles recae en los insurgentes que pelean desde las casas, las escuelas y las calles abarrotadas. Si la comunidad mundial entiende y adjudica la responsabilidad de ese modo, entonces será posible pelear y ganar una guerra asimétrica.

¿Israel está peleando ese tipo de guerra? Advertir a los civiles que abandonen su hogar o su barrio, tal y como las Fuerzas de Defensa de Israel lo han hecho, quizá reduzca las muertes civiles y tal vez implique mayores riesgos para los atacantes –si el ataque es por tierra y no por aire, dado que las fuerzas de defensa también habrán de ser advertidas–. Pero, tal y como Estados Unidos aprendió en Vietnam, no basta con advertir. Las personas no se van, o no todas: atienden a familiares viejos o enfermos; no soportan la idea de abandonar, junto con todo su cúmulo de pertenencias, una casa en la que han vivido durante treinta años; no saben a dónde ir o no existe un lugar seguro para hacerlo. Salvo en el caso de que sean utilizadas para algún propósito militar, las casas donde vive la gente no son blancos legítimos (aun cuando entre los que viven ahí haya oficiales de Hamás). Estos ataques son injustos porque los oficiales viven con sus familias, que no pueden ser denominadas "escudos humanos".

Siempre es necesario averiguar quién está en una casa, una escuela o un patio antes de comenzar un ataque; eso, a menudo, exigirá a los soldados atacantes tomar riesgos. Sospecho que algunos soldados israelíes lo están haciendo y otros no. En todas las guerras es así; depende, en gran medida, de la inteligencia y la competencia moral de los oficiales subalternos que toman las decisiones más importantes en el campo de batalla. Juzgar estos asuntos desde lejos resulta especialmente difícil. Pero yo recomendaría a cualquiera que esté al pendiente de la pérdida de vidas en Gaza pensar con cuidado quién es el responsable, o el principal responsable, de poner en riesgo a los civiles. En términos de precisión, un ejército de alta tecnología suele ser despiadado y torpe. Pero son los insurgentes los que deciden si la muerte de civiles ayudará a promover su causa. Debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para asegurarnos de que no sea así. –

Traducción de Hernán Bravo Varela.

Una guerra justa e injusta

LEON WIESELTIER

En tiempos de guerra se ponen a prueba la claridad y la independencia de nuestro pensamiento. Esto no significa que nuestra solidaridad con alguno de los bandos implique el derrumbe del pensamiento claro e independiente. Todo depende de quiénes son los contendientes y de si sus acciones pueden ser justificadas adecuadamente. Por supuesto, hay guerras en

las que sentimos que tienen un apego porque el propio país o la gente o la visión del mundo forma parte del conflicto; pero la identidad no es guía suficiente para la lealtad, porque esta puede expresarse legítimamente de varios modos. Los entusiasmos y los compromisos previos no dan cuenta de la historia completa: el desarrollo mismo de la guerra debe influir en el propio juicio. El desacuerdo no es una traición, por lo menos en una sociedad decente. El disenso, cuando se trata de asuntos de vida o muerte, puede concernir a aquellos que se ocupan de moral, pero no a aquellos que se preocupan por la justicia. De hecho, cuando hay un abrumador consenso a favor de una guerra, uno debiera llenarse de temor anticipatorio, porque por lo común significa que no se tomarán en cuenta las consideraciones empíricas o éticas. La historia de la fiebre guerrera no aporta nada recomendable. Incluso una guerra justa debe ser apoyada sin fervor.

Una guerra contra Hamás no es una guerra injusta. Hamás ha fallado en todo, excepto en asesinar. Su estrategia toma como blancos a los civiles: a los del enemigo y a los propios (en tanto que la brutal respuesta del enemigo forma parte de sus cálculos, según los cuales, mientras peor, mejor). La insensibilidad de Hamás ante los sufrimientos de los palestinos es increíble. Un manual de combate de la Brigada Shejaiya de Hamás ordena a sus guerreros desplegarse en áreas densamente pobladas porque "los soldados y comandantes deben limitar el uso de armas y tácticas que produzcan daños y causen bajas innecesarias o daños en construcciones civiles", pero añade que "la destrucción de viviendas civiles" es de gran ayuda para la causa porque "escala el odio de los ciudadanos contra los atacantes y convoca a los civiles en torno de los defensores de la ciudad". Este plan para la carnicería palestina no es menos repugnante que los misiles y túneles diseñados para la matanza de ciudadanos israelíes. Son monstruos. Pero la población de Gaza no lo es; y confieso que me encuentro incapaz de sentirme satisfecho, en el análisis de la responsabilidad en esta guerra, con la aseveración, incontrovertible, de que la muerte de palestinos no combatientes en Gaza, a manos de Israel, es uno de los objetivos de Hamás, circunstancia esta que absuelve a Israel. Una provocación no quita la responsabilidad de cómo responde uno a ella. Por esta razón, la guerra me ha llenado de una inquietud que, a pesar de mi empatía racional con la posición israelí, no cede.

Creo en el razonamiento filosófico y lo he seguido respecto de las acciones de Israel. Sé de la asimetría en los recursos de guerra, y conozco la teoría de la guerra justa, y del criterio de proporcionalidad, y el principio de doble efecto y todo lo demás. Me complacería que esta deliberación pudiera vindicar a Israel. Pero mi corazón no está en ella (aquí, en estas palabras). No sé cómo operar la aritmética de la conciencia. Oficiales, en Gaza, dicen que hasta el momento en que escribo este artículo han muerto 1,834 palestinos. Un vocero de las Fuerzas Armadas de Israel dice que han muerto "aproximadamente novecientos militares en combate". Eso deja cerca de novecientas muertes civiles. ¿Es esto aceptable bajo doctrina alguna? ¿Es algo así como "cortar el césped"? ¿Qué concepto pudiera, sin temor a equivocarse, prescribir que, cuando haya tres agentes de Hamás en una motocicleta, en una escuela donde la gente hace fila para recibir alimentos, debe jalarse del gatillo? Si es posible identificar a los villanos, también se puede identificar a la población. No hay concepto alguno que pueda justificar el asesinato de niños. Ni siquiera Satán ha podido urdir una venganza adecuada por la muerte de un niño. Estoy sorprendido por la magnitud de la indiferencia del mundo judío ante el costo humano de la defensa israelí contra los misiles y los túneles. He recibido algunos correos lunáticos por su falta de compasión. De acuerdo con una encuesta del Instituto Israelí por la Democracia, el 95% de los judíos israelíes cree que la guerra de Gaza es justa. Y es fácil ver por qué: la defensa propia es también una obligación moral. Pero solo el 4% piensa que el ejército israelí ha usado una fuerza excesiva. Esto me incomoda. La unanimidad, o su cercanía, no es garante de la verdad. ¿No se ha empleado una fuerza excesiva en ningún momento?

Hay dos modos de interpretar mi inquietud. El primero, un rumor de la derecha, es verla como una ruptura de la solidaridad, como un traspié en tiempos duros. El segundo, un rumor de la izquierda, es ver la inquietud como complacencia moral, como astuta forma de complicidad con aquello que deplora. Huelga decir que no me percibo a mí mismo como un traidor o un peón. No es repugnante que Israel se defienda; es, para los estándares de la experiencia histórica judía, estimulante; pero algunas cosas de las que Israel lleva a cabo para defenderse son repulsivas. ¿Es nuestra identidad tan frágil como para que ni siquiera pueda plantearse esta complicación?

Hay otra razón para insistir en una actitud más humanitaria hacia los palestinos. Una razón política. Y es que los palestinos no son Hamás. Uno de los objetivos de Hamás en esta guerra ha sido salvar su suerte, creando la impresión de que es representativa de su pueblo –y en esto ha tenido cierto éxito–. Los errores diplomáticos norteamericanos, junto con la aspereza y la virulencia de la oposición a Israel en Europa, han enturbiado un entendimiento preciso de la relación de Hamás con el pueblo palestino. Antes de la guerra, Hamás era impopular entre los palestinos, incluso, o especialmente en Gaza: las miserias de Gaza difícilmente son atribuibles solamente a la política israelí. Ahora, los túneles y los arsenales de Gaza han sido desmembrados, pero el viejo problema subsiste. Israel tiene una estrategia para la guerra, pero no para la paz. Después de la Operación Barrera Protectora, la noción, de moda recientemente, de que no hay necesidad de un proceso de paz, es absurda. La destrucción de Hamás es un interés común de Israel y de los palestinos, pero el único modo de hacerlo es lograr la paz con Mahmud Abbás. –

Traducción de Julio Hubard.
Ambos textos se publicaron originalmente en The New Republic.